Caminar

William Hazlitt
Robert Louis Stevenson

Traducción de Enrique Maldonado Roldán

colecciónminilecturas

Nørdicalibros

CAMINAR

William Hazlitt - Robert Louis Stevenson

Traducción de Enrique Maldonado Roldán



Títulos originales: *On going a Journey / Walking tours*

Edición en ebook: mayo de 2015

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-07-8

Diseño de colección: Filo Estudio
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Para Víctor Gómez Frías,
caballero andante.

Contenido

Robert Louis Stevenson

(EDIMBURGO, 1850 - VAILIMA UPOLU, SAMOA OCCIDENTAL, 1894)

En la tumba de este escritor escocés, en una lejana isla de los mares del Sur a la que fue por motivos de salud, figura grabado el apodo que le dieron los samoanos: Tusitala, «el contador de historias». Se dio a conocer como novelista con La isla del tesoro (1883) y su popularidad como escritor se basó fundamentalmente en los emocionantes argumentos de sus novelas fantásticas y de aventuras, en las que siempre aparecen contrapuestos el bien y el mal, a modo de alegoría moral que se sirve del misterio y la aventura. Fue muy reconocido en vida y su escritura ha sido de gran influencia para importantes autores posteriores.

PRÓLOGO:

El mundo por delante

A quienes tiendan a considerar que ese objeto llamado «libro» podría funcionar como metonimia perfecta de la vida sedentaria les podría parecer sorprendente, o incluso paradójica o contradictoria, la llamativa cantidad de novedades editoriales que, dedicadas monográficamente al tema del paseo o el caminar, vienen apareciendo desde hace un par de años entre nosotros, y dentro de la cual merece desde ahora destacar este pequeño volumen que ofrecemos hoy. Tal vez una biblioteca privada pueda simbolizar el reposo, la instalación en un lugar donde permanecer, pero, al menos desde que Alejandro Magno se iba a sus conquistas con los textos de Aristóteles como parte imprescindible de su impedimenta, la lectura nunca ha sido incompatible con la aventura, con el movimiento, con la errancia. Más bien al contrario, lo incomprensible es no llevarse libros a los viajes, y a la saludable y curiosa moda de libros sobre andanzas y caminatas se le podrían encontrar otros motivos, puestos a ello; aunque no hace ninguna falta, pues aquellos para quienes leer y caminar son dos imperativos irrenunciables y constitutivos sabemos que están esencialmente relacionados, hermanados en cuanto son dos modos elementales de intentar rastrear alguna verdad o por lo menos alguna pista, de sumergirse en la realidad para encontrar alguna certeza o merecer algún tipo de explicación.

Al margen del motivo del camino, y de las innumerables veces en que un sendero ha ejercido en la literatura como metáfora de la vida, prolongando el tópico clásico del *Homo Viator*, el hecho de trasladarse a pie es en sí un buen tema para la reflexión, que inevitablemente, además, vendrá acompañado de digresiones sobre el paisaje, la naturaleza, la salud del cuerpo y el alma. Pero no haría falta llegar tan lejos: el movimiento de las piernas y sus implicaciones, sus causas y consecuencias, e incluso su ideología (como ha demostrado Rebecca Solnit) son ya asuntos suficientemente complejos y apasionantes como para hacer un alto y detenerse en ellos. Sobre la actitud del *flâneur* que vaga o merodea por las ciudades, sobre las manifestaciones y revoluciones a pie o sobre las marchas militares, sobre el pícaro buscavidas que se da garbeos... hay bibliografía específica, y también, más en general, sobre el particular de los paseos, que aunque por supuesto tienen mucho que ver con el asunto que nos ocupa, suponen una versión dulcificada, por

excesivamente civilizada, del hecho físico de caminar.

No pretendo llevar las cosas demasiado lejos, pero, si pasear es un entretenimiento distinguido, burgués, ocioso, elegante..., caminar es más bien algo instintivo, natural, salvaje. Pasear es un rito civil, y caminar es un acto animal. Pasear es algo social, y caminar algo más bien selvático, aunque sea por las calles de una ciudad. El que pasea se imagina paseando, o gusta de observarse según la perspectiva de los otros; el que camina es, en ese sentido, extrovertido, solo le importa el afuera. El que pasea coquetea diciendo que sale a buscarse a sí mismo, a conversar machadianamente con uno mismo, a reunirse consigo mismo, a reencontrarse o reconstruirse...; el que camina tampoco sabe nada, pero por lo menos ya ha alcanzado a darse cuenta de que hay poco que escarbar dentro de sí, y rastrea vorazmente el exterior, las calles, los campos, los cielos. El que pasea es un caniche que tiende a la presunción, y tal vez incluso a la egolatría; el que camina es un lobo que querría ser invisible para poder caminar mejor. El que pasea está satisfecho con su paseo y con su descanso; el que camina siempre está hambriento y seguirá avanzando. El que pasea da vueltas y vuelve a casa a las pocas horas; el que camina no sabe a dónde va y no ha encontrado un hogar definitivo. Pasear, como quería Karl Gottlob Schelle, puede ser un arte; caminar es siempre una necesidad. Pasear, en fin, tiene algo de ceremonia; caminar es algo que está decisivamente relacionado con la independencia y con la libertad. Lamento no saber explicarlo mejor, pero creo que el cómplice lector sabrá entender lo que digo si escribo que uno puede ir dando un paseo a hacer una visita rutinaria a sus abuelos, pero visitar a un amigo que va a ser operado a vida o muerte solo puede hacerse caminando. A eso me refiero. Uno lleva a sus hijos al colegio caminando, cuando amanece, y allí les enseñan a pasear.

«Si estás preparado para abandonar a tu padre y a tu madre, a tu hermano y a tu hermana, a tu mujer, a tus hijos y a tus amigos, y a no volver a verlos; si has pagado tus deudas, si has redactado tu testamento y has dejado tus asuntos en orden; si eres, por tanto, un hombre libre, entonces estás listo para empezar a caminar»: así habló Henry David Thoreau en su sublime tratado sobre el hecho de *Caminar*, una impugnación radical y casi cruel de nuestra tozuda cobardía ante la vida, y un texto que nos recuerda de un modo nítido e incontestable hasta qué desesperante punto somos culpables de nuestra propia falta de plenitud. Si ahora hemos tomado el lacónico título de Thoreau a la hora de recuperar los dos pequeños opúsculos de este volumen es porque ambos, aunque de un modo, digamos, menos extremo,

más suave e incluso amable, aunque igualmente apasionado, tratan sin duda sobre el acto primario de la automoción a pie, y no de su versión acomodada o, desde luego, de su degradación deportiva.

Quienes corren o quienes pedalean suelen ser más bien gregarios, y se mueven como miembros de rebaños, racimos o pelotones, pero quienes caminan suelen anhelar la soledad, y no solo aquellos misántropos cuyo principal objetivo en este mundo es que les dejen en paz, sino aquellos que son más bien víctimas de una incomprensión general, de una sospecha imprecisa, y no saben o no pueden defenderse. En todo caso, al releer las primeras líneas del texto de Hazlitt tiene uno la sensación de que no es que convenga estar solo a la hora de caminar, como con tanta decisión argumenta, sino que es muy probable que quien se lanza a caminar acabe solo.

Por otra parte, se diría que la soledad que anhela y alaba Hazlitt tiene ante todo que ver con el silencio y, si le hubiera dado tiempo a ello, habría podido considerar incluir, entre las numerosas citas de las que se vale, aquel verso de Carlos Drummond de Andrade que confiesa que «solo soy sincero cuando estoy callado». A cambio, y entre autores principalmente ingleses, Hazlitt recurre a Cervantes, y aunque solo utiliza *El Quijote* para hablar de la gula de Sancho Panza, no ha de ser casual que se aluda a las aventuras de don Quijote, ese «andante» por antonomasia que, ante las habilidades adivinatorias del mono de maese Pedro, se acuerda del clásico adagio que sentencia que «el que lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho». Leer y caminar unidos, pues, de nuevo, como vehículos inmejorables para la obtención de experiencia y sabiduría.

Por su parte, las páginas de Robert Louis Stevenson son explícitamente una glosa con algo de réplica a las de Hazlitt, a quien tanto admiró, pero sirven como texto independiente en el que el autor escocés ordena con pulcritud sus propios pensamientos al respecto, y los ofrece en uno de esos textos rotundos e impecables que con tanta justicia le hicieron universalmente célebre.

Y ahora que los reunimos y publicamos juntos, he aquí en fin, inquieto lector, dos opúsculos literarios medicinales para nuestros empantanados tiempos, dos minúsculas obras maestras que simplemente celebran nuestra gloriosa y desaprovechada capacidad de mover las piernas hacia donde decidimos o hacia donde el azar disponga. Detesto la solemnidad y a los solemnes, pero creo que, si algo es realmente importante en este mundo, eso es conseguir que nuestras cosas tengan

un sentido, en las dos acepciones de la palabra; es decir, una razón de ser, pero también una dirección. Un sustento y un horizonte. Una finalidad y una orientación. Un camino que, durante estos dos breves tramos, podemos hacer juntos.

Juan Marqués

Madrid, mayo de 2015

DE LAS EXCURSIONES A PIE

William Hazlitt

Una de las experiencias más placenteras de la vida es una excursión a pie. Eso sí, yo prefiero hacerlas a solas. Puedo disfrutar de la compañía en un salón, pero al aire libre la naturaleza es compañía suficiente para mí. Nunca me hallo en esos momentos menos solo que cuando me encuentro a solas.

> Los campos, su materia de estudio; la naturaleza era su libro.[1]

No puedo ver el encanto de pasear y charlar al mismo tiempo. Cuando estoy en el campo, deseo vegetar como las plantas. No estoy de humor para criticar los setos ni los lomos negros del ganado. Salgo de la ciudad con el objetivo de olvidarla, así como todo cuanto esta contiene. Hay quienes, con este mismo fin, se marchan a la costa y cargan con ellos la metrópoli; yo prefiero un espacio vital mayor y menores estorbos. Me gusta la soledad, cuando me entrego a ella, por sí misma; no requiero

> un amigo en mi retiro,
> a quien pueda susurrar: la soledad es dulce.[2]

El alma de una excursión es la libertad, la completa libertad para pensar, sentir y hacer exactamente lo que uno desee. Salimos de excursión principalmente para hallarnos libres de todo impedimento y toda inconveniencia, para dejarnos a nosotros mismos atrás en mucha mayor medida que para librarnos de otros. Porque deseo un cierto espacio, un respiro para meditar sobre cuestiones banales, donde la contemplación

> pueda limpiar sus plumas y hacer crecer sus alas,
> que en ajetreos varios propios de sociedad
> quedaron erizadas y otras veces ajadas,[3]

es por lo que me alejo de la ciudad por un tiempo, sin sentirme desconcertado en el momento en el que quedo solo. En lugar de un amigo en calesa o en un tílburi, con el que intercambiar buenas palabras y regresar a los mismos tópicos manidos una y otra vez, déjenme por una vez firmar una tregua con la impertinencia. Denme el limpio cielo azul sobre la cabeza, el verde pasto bajo los pies, un camino sinuoso

ante mí y tres horas de marcha hasta la cena... y entonces: ¡a pensar! Raro es no comenzar algún juego en esos solitarios brezales. Río, corro, salto, canto de alegría. Desde el punto aquel donde giran las nubes, me sumerjo en mi ser pasado y allí me divierto, al igual que el indio de piel tostada por el sol se lanza de cabeza en la ola que lo transporta a la orilla en que nació. Es en circunstancias como estas cuando cosas tiempo atrás olvidadas, «pecios hundidos e incontables tesoros»,[4] estallan ante mis anhelantes ojos y comienzo a sentir, a pensar, a ser de nuevo yo mismo. En lugar de un silencio incómodo, quebrado con tentativas de ingenio o aburridos lugares comunes, el mío es ese mutismo ininterrumpido del corazón que constituye de forma única la elocuencia perfecta. Nadie disfruta con retruécanos, aliteraciones, antítesis, argumentaciones y análisis tanto como yo, pero en ocasiones prefiero no contar con ellos. «¡Dejadme, oh, dejadme en mi reposo!».[5] Tengo en esos momentos otras cuestiones entre las manos que quizá les puedan parecer vanas, sin embargo, son para mí «la propia esencia de la conciencia».[6] ¿Acaso no es hermosa esta rosa silvestre sin un comentario? ¿No se apodera de mi corazón esta margarita envuelta en su manto esmeralda? Empero, si me dedicara a explicarles las circunstancias que tan apreciada la han hecho a mi corazón, solo se sonreirían. ¿No sería mejor, por tanto, dejarla para mí, que me sirva para reflexionar, de ella a aquella escarpada ladera, y desde esta hacia el remoto horizonte? Mal acompañante sería yo en este caminar y, por tanto, prefiero estar solo. He oído comentar que es lícito, cuando un arrebato temperamental aparece, caminar o cabalgar a solas y complacer las ensoñaciones propias. No obstante, esto semeja una ruptura de la buena educación, una desatención hacia el resto, y uno piensa todo el tiempo que debe regresar con su compañía. «Al demonio camaraderías a medias como esta»,[7] es mi opinión. Me gusta estar plenamente centrado en mí o bien a completa disposición de otros; hablar o guardar silencio, pasear o permanecer sentado, ser sociable o solitario. Me agradó una observación del señor Cobbett, que «consideraba una perniciosa costumbre francesa beber nuestro vino con la comida, por lo que un caballero inglés debería tomar únicamente uno u otra».[8] De igual modo, no puedo charlar y pensar, como tampoco soy capaz de dejarme llevar por la meditación melancólica y la conversación animada a fuerza de arrebatos. «Permítanme tener un compañero de camino —dice Sterne—, aunque únicamente sea para comentar cómo se alargan las sombras cuando el sol desciende».[9] Son palabras hermosas, pero, en mi opinión, esta continua comparación de impresiones interfiere con la involuntaria impronta de

la naturaleza en la mente y afecta a la apreciación. Si únicamente se intuyen los sentimientos en un cierto ejercicio de pantomima, resulta insípido: si es necesario explicarlos, se cobra un coste sobre el placer. No es posible leer el libro de la naturaleza con la continua molestia de traducirlo para beneficio de otros. Prefiero una metodología sintética cuando se realiza una excursión, en lugar de la analítica: me doy por satisfecho con acumular una serie de ideas en ese momento para examinarlas y diseccionarlas con posterioridad. Prefiero observar mis vagas nociones flotar como el vilano de los cardos al viento y no verlas enmarañarse entre las zarzas y los espinos de la controversia. Por una vez, anhelo aprehender todo a mi manera, algo imposible sin estar solo o al encontrarme en una compañía que yo no deseo. No tengo objeción alguna a discutir una cuestión con cualquiera a lo largo de treinta kilómetros de acompasado camino, si bien no por placer. Si se alaba el aroma de una plantación de alubias que bordea el camino, quizá nuestro compañero de viaje no posea el sentido del olfato; si se señala un objeto distante, quizá este sea corto de vista y tenga que ponerse las gafas para mirarlo. Existe una sensación en el aire, un tono en la coloración de una nube, que agita nuestra imaginación, pero cuyo efecto somos incapaces de explicar. No existe entonces comprensión mutua, sino una incómoda búsqueda de este placer y una insatisfacción que nos persigue al avanzar y termina posiblemente provocando mal humor. En mi caso, nunca riño conmigo mismo y asumo todas mis conclusiones por sentadas hasta que considero necesario defenderlas contra ciertas objeciones. No se trata únicamente de que uno pueda no armonizar con los objetos y circunstancias que se presentan por sí mismos ante nosotros: estos son capaces de despertar otra serie de ideas y conllevar asociaciones demasiado delicadas y refinadas como para que puedan ser comunicadas a terceros. Sin embargo, estas asociaciones me son gratas y en ocasiones las abrazo con cariño cuando puedo escapar de la multitud. Expresar nuestros sentimientos ante otros parece extravagancia o afectación y, por otra parte, tener que desmenuzar este misterio de nuestro ser a cada momento y lograr que otros asuman un interés igual en él (de otra forma no logramos respuesta adecuada) es una actividad para la que pocos se muestran competentes. Debemos «otorgarle comprensión, mas no lengua».[10] Mi viejo amigo Coleridge, no obstante, era capaz de ambas; podía, sobre colinas y valles, en un día de verano, extenderse en las más deliciosas explicaciones y convertir un paisaje en un poema didáctico o en una oda pindárica: «conversar superando el canto».[11] Si yo pudiera de este modo vestir mis

ideas en sonoras y fluidas palabras, quizá desearía contar con alguien a mi lado que admirara la creciente composición; o estaría aún más satisfecho si todavía me fuera posible oír su resonante voz en los bosques de All-Foxden.[12] Tenían sus palabras «esa fina locura en su interior con la que contaban nuestros primeros poetas»,[13] y si hubieran podido quedar registradas por algún raro instrumento, habrían exhalado compases como los siguientes:

Haya aquí bosques más verdes
que ningún otro hubo, aire tan dulce y blando
como el suave poniente que juega con los barcos
que la corriente afrontan, con tantas flores tantas
como ofrece la joven primavera y tan varias;
haya aquí todo goce, cuevas, frescas corrientes,
cubiertos cenadores, amplios valles y fuentes.
Escoge tu descanso, mientras reposo y canto
o acumulo los juncos que anillos formen tantos
para tus dedos largos, o te hablo de amores:
cómo Febe, la pálida, de caza por los bosques,
vio al joven Endimión, y tomó en sus pupilas
el fuego eterno, vivo, el que jamás termina;
cómo dormido en sueños, con dulzor lo cargaba,
de amapolas envuelto, hasta la tan alzada
cima en la antigua Latmos, donde a oscuras se hunde,
brillando por la luz de su hermano la cumbre,
para besar a su amado.[14]

Si dispusiera yo de palabras e imágenes a mi disposición como estas, trataría de despertar los pensamientos que descansan somnolientos en las doradas crestas de las montañas en tardes nubosas; pero, ante la naturaleza, mi imaginación, pobre como es, se marchita y cierra sus pétalos, como las flores al atardecer. Soy incapaz de crear nada en ese preciso momento: necesito tiempo para recomponerme.

En general, si algo bueno daña las perspectivas sobre la naturaleza, debe ser reservado para la conversación de sobremesa. Lamb[15] es por este motivo, lo asumo, la peor compañía del mundo al aire libre, sencillamente porque es la mejor entre

cuatro paredes. Concedo, no obstante, la existencia de una temática sobre la que es agradable conversar en una excursión, esta es: lo que uno tomará de cena al llegar por la noche a la posada. Los espacios abiertos mejoran este tipo de conversación o amistoso enfrentamiento, al dotar de mayor entusiasmo al apetito. Cada kilómetro del camino acrecienta el sabor de las viandas que esperamos en su extremo final. ¡Cuán placentero es entrar en alguna antigua ciudad, amurallada y almenada, en el instante justo en que cae la noche, o llegar a una población extensa, con las luces brillando entre la oscuridad circundante, y posteriormente, tras haber preguntado por el mejor entretenimiento que el lugar ofrece, «tomar comodidad en la posada propia»![16] Estos azarosos momentos en la historia de nuestras vidas son en realidad demasiado valiosos, están demasiado cargados de felicidad sincera y plena como para ser malgastados y perdidos con una simpatía imperfecta. Preferiría tenerlos todos para mí solo, apurarlos hasta la última gota: serán la base de la conversación o la escritura posterior. Y qué delicada especulación es, después de beber tazones completos de té,

las tazas que alegran, mas no embriagan,[17]

y dejar que sus efluvios asciendan al cerebro, considerar ya sentados lo que tomaremos de cena: ¡huevos y una lonja de tocino, un conejo cubierto de cebolla o una estupenda chuleta de ternera! Sancho apostó en tal ocasión por manos de ternera, y su elección, si bien otro remedio no tenía, no ha de ser menospreciada.[18] Luego, en los intervalos de paisajes rememorados y meditación al modo de Tristram Shandy, percibir los preparativos y el ajetreo en la cocina… *«Procul, O procul este profani!»*[19] Estas horas son sagradas para el silencio y la meditación, para ser atesoradas en la memoria y alimentar en adelante la fuente de pensamientos felices. Prefiero no desperdiciarlas en charla vana; o si la integridad de la imaginación ha de ser violada, mejor que sea por un extraño que no por un amigo. Un desconocido toma su color y personalidad del lugar y el momento en que nos encontremos, es parte del mobiliario y la decoración de una posada. Si es cuáquero o de la división occidental de Yorkshire, aún mejor. Ni siquiera trato de simpatizar con él y tampoco modifica mis circunstancias. Cuánto disfruto viendo los campamentos de los gitanos y aspirando en el alma a un tipo de vida como aquella. Pero si expreso este sentimiento a alguien, puede matizarlo y arruinarlo con alguna objeción.

No asocio nada a mi compañero de excursión, sino los objetos presentes y los acontecimientos del momento. En su ignorancia de mí y de mis asuntos, de algún modo hace que me olvide de mí mismo. Pero un amigo nos recuerda otras cuestiones, despedaza antiguas quejas y destruye la abstracción de la escena; se atraviesa descortés entre nosotros y nuestro personaje imaginario. Algo se deja caer en el curso de la conversación que da alguna pista sobre la profesión que uno ejerce y sus actividades; o al tener junto a nosotros a alguien que conoce las porciones menos sublimes de la propia historia, parece que también las conocieran otros. Dejamos, pues, de ser ciudadanos del mundo, nuestra «condición libre sin hogar es puesta en circunspección y limitada.»[20] El anonimato de una posada es uno de sus más notables privilegios: «dueño de uno mismo, libre de nombre.»[21] Oh, ¡magnífico es retirar las trabas del mundo y de la opinión pública!; perder nuestra importuna, tormentosa e imperecedera identidad personal en los elementos de la naturaleza y convertirse en criatura del momento, libre de toda atadura; asirse al universo únicamente mediante un plato de mollejas y no deber más que la cuenta de la noche; no buscar más el aplauso para encontrar desprecio, ¡no ser conocido por otro título más que el de «el caballero del salón»! Uno puede realizar su propia selección de protagonistas en este romántico estado de incertidumbre según sus pretensiones reales y convertirse en alguien indefinidamente respetable y negativamente excelentísimo. Desconcertamos los prejuicios e incumplimos las conjeturas, y, al aparecer de este modo ante otros, comenzamos a ser objeto de curiosidad y asombro incluso para nosotros mismos. Dejamos de ser esos trillados lugares comunes que parecemos ante el mundo; ¡una posada nos devuelve al nivel de la naturaleza y ajusta las cuentas con la sociedad!

He pasado, sin duda, algunas horas envidiables en pensiones: en ocasiones, cuando me han permitido quedar completamente solo y he intentado resolver algún problema metafísico, como una vez en Witham Common, donde encontré la prueba de que la similitud no es un caso de asociación de ideas; en otros momentos, cuando había pinturas en la habitación, como en St. Neots (si mal no recuerdo), donde por primera vez me encontré con los grabados que de los Cartones hiciera Gribelin,[22] en los que me sumergí de inmediato, o en una pequeña posada en la frontera de Gales, donde resultó que decoraban la estancia algunas obras de Westall[23] que comparé en tono triunfal (por una teoría propia, no del admirado artista) con la figura de una muchacha que me cruzó de una orilla a otra del río

Severn, en pie sobre una barca entre mi cuerpo y el crepúsculo. En otras ocasiones puedo evocar la deleitación en la lectura con un interés peculiar, tal y como recuerdo dedicar media noche a la lectura del ejemplar de *Pablo y Virginia*[24] que encontré en una posada de Bridgwater, tras pasar el día empapado bajo la lluvia; en ese mismo lugar acabé con dos volúmenes de la *Camilla* de Madame d'Arblay.[25] Fue el 10 de abril de 1798 cuando tomé asiento con un ejemplar de la *Nueva Eloísa*, en la posada de Llangollen, junto a una botella de jerez y un plato de pollo frío. La carta que escogí es aquella en la que Saint-Preux describe sus sentimientos cuando por primera vez divisa el cantón de Vaud desde las alturas del Jura.[26] El libro lo había llevado conmigo para que sirviera de *bon bouche* con el que coronar la noche. Era mi cumpleaños y había llegado allí por primera vez, desde una población vecina, para visitar este maravilloso lugar. El camino a Llangollen gira entre Chirk y Wrexham y, al pasar un determinado lugar, uno se encuentra súbitamente sobre el valle, que se abre como un anfiteatro, con amplias y áridas colinas elevadas majestuosamente a cada lado, con «grandiosas mesetas verdes que repiten en eco el balido de los rebaños»[27] que ocupan el fondo, mientras el río Dee murmura sobre su lecho de piedra entre ellos. El valle, en aquel momento, «refulgía verde con soleada llovizna»,[28] y un fresno en ciernes mojaba sus tiernas ramas en la impetuosa corriente. ¡Qué orgulloso, qué dichoso me era recorrer el elevado camino que sobrevuela la deliciosa perspectiva al tiempo que repetía los versos del señor Coleridge que acabo de citar! Pero además de la perspectiva que se presentaba bajo mis pies, otra se abrió a mi mirada interna, una visión divina en la que estaban escritas, en letras tan grandes como la esperanza es capaz de formar, estas cuatro palabras: LIBERTAD, TALENTO, AMOR, VIRTUD; las cuales posteriormente se han desvanecido bajo la luz del día común o se han burlado de mi perezosa mirada.

> Lo bello se desvanece y no retorna.[29]

Aun así, regresaría en alguna otra ocasión a este lugar hechizado, si bien lo haría en soledad. ¿A qué otro ser podría encontrar con el que compartir esa oleada de ideas, de remordimiento y placer, cuyos fragmentos apenas puedo con dificultad evocar para mí mismo, pues tan despedazados y desdibujados han quedado? Podría ascender a alguna alta roca y observar el precipicio de años que me separa de quien era entonces. En ese momento me disponía a visitar poco después al poeta al que

antes nombré. ¿Dónde está ahora? No solo yo he cambiado; el mundo, que en aquellos días era nuevo para mí, se ha hecho viejo e incorregible. Sin embargo, ¡regresaré a ti mentalmente, oh, silvestre Dee, alegre, joven y agradecido como tú entonces fuiste, y serás siempre para mí el río del Paraíso, donde beberé con toda libertad las aguas de la vida!

Difícilmente encontraremos algo que muestre la cortedad de miras y lo antojadizo de la imaginación en mayor medida que el viaje. Con el cambio de lugar, modificamos nuestras ideas; más aún, nuestras opiniones y sentimientos. Podemos, de hecho, con un cierto esfuerzo, transportarnos a escenas antiguas y tiempo atrás olvidadas, y en ese momento la imagen mental vuelve a revivir; eso sí, olvidamos a aquellos que acabamos de abandonar. Diríase que solo somos capaces de pensar los lugares de uno en uno: el lienzo de la imaginación cuenta únicamente con una extensión determinada, y si pintamos un juego de objetos en él, inmediatamente borran cualquier otro. No es posible ampliar nuestros conceptos, únicamente modificamos nuestro punto de vista. El paisaje desnuda su seno al ojo embelesado, llenamos nuestros sentidos y parece que no seamos capaces de formar otra imagen de hermosura y grandeza. Seguimos avanzando y no pensamos más en él: el horizonte que lo oculta de nuestros ojos también lo emborrona en nuestra memoria como si de un sueño se tratara. Al viajar a lo largo de campos estériles soy incapaz de formar una idea de tierras boscosas y cultivadas. Considero entonces que todo el mundo ha de ser yermo, como la porción que de él contemplo. En el campo olvidamos la ciudad y en esta despreciamos el campo. «Más allá de Hyde Park —dice sir Fopling Flutter— todo es desierto.»[30] Todo ese espacio del mapa que no tenemos ante nosotros está en blanco.

En nuestra vanidad, el mundo no es mayor que una nuez. No es una perspectiva que se expande hacia otra, un condado unido al siguiente, reino a reino, tierra y mares, lo que generaría una imagen voluminosa y vasta. La mente no puede formar una idea mayor del espacio de lo que el ojo puede apreciar en un único vistazo. El resto es un nombre escrito en un mapa, un cálculo aritmético. Por ejemplo, ¿cuál es el verdadero significado de esa inmensa masa de territorio y población que nosotros conocemos con el nombre de China? ¡Tres centímetros de cartón en un globo de madera sin mayor importancia que una naranjita china! Las cosas que están cerca de nosotros son percibidas con el tamaño de la vida, aquellas a distancia disminuyen hasta el tamaño del entendimiento; calibramos el universo con nuestra propia

medida, e incluso entendemos la textura de nuestro ser solo por partes. De esta forma, no obstante, recordamos una infinidad de cosas y lugares. La mente es como un instrumento mecánico que toca una gran variedad de melodías; ahora bien, ha de hacerlo en sucesión. Una idea convoca a otra, pero al mismo tiempo excluye a todas las demás. Al tratar de renovar viejos recuerdos, somos incapaces, podríamos decir, de desplegar la red completa de nuestra existencia, tenemos que seleccionar las hebras de forma individual. Así, al regresar a un lugar donde vivimos con anterioridad y del que conservamos íntimos recuerdos, todos habremos descubierto que las sensaciones se hacen más y más vivas cuanto más nos aproximamos, por la mera anticipación de la impresión final: recordamos circunstancias, sentimientos, personas, rostros, nombres en los que no habíamos pensado en años; ¡pero durante ese tiempo el resto del mundo cae en el olvido!

Sin embargo, regresemos a la cuestión que abandonamos poco antes: no tengo objeción alguna en visitar ruinas, acueductos o exposiciones en compañía de un amigo o compañero, aunque precisamente por motivos inversos a los anteriores. Son elementos inteligibles y conllevarán conversación. El sentimiento en este caso no es tácito, sino comunicable y abierto. La llanura de Salisbury no admite crítica; Stonehenge, por su parte, genera una discusión histórica, pintoresca y filosófica.[31] Al decidir sobre una celebración, la primera consideración es siempre dónde ir; al iniciar un paseo solitario, la cuestión es qué nos encontraremos por el camino. «La mente es su propio lugar»[32] y no nos mostramos ansiosos por llegar al final de nuestra ruta. Puedo bien rendir honores indiferentemente a las obras de arte y a la curiosidad. En una ocasión partí a Oxford en brillante compañía, les mostré la residencia de las Musas en la distancia,

> Con brillantes agujas y pináculos adornadas,[33]

que se ven contrapunteadas por el aire cargado de saber que se eleva de los verdes cuadrángulos y las paredes de piedra de los salones y las aulas: me sentí en casa en la Biblioteca Bodleiana;[34] y en el Palacio de Blenheim[35] llegué a suplantar en gran medida al empolvado cicerone que nos acompañaba y que señalaba en vano con su bastón bellezas vulgares en obras pictóricas sin par.

También a modo de excepción al razonamiento previo, no me sentiría seguro al aventurarme en una excursión en un país extranjero sin compañía; desearía a

intervalos oír el sonido de mi propia lengua. Existe una involuntaria antipatía en la mente de un inglés hacia modos y conceptos foráneos que requiere la asistencia de la solidaridad social para ser vencida. Al incrementarse la distancia al hogar, este alivio, que inicialmente fue un lujo, se transforma en pasión y deseo. Cualquier persona se sentirá prácticamente sofocada de encontrarse en los desiertos de Arabia sin amigos ni compatriotas: debemos reconocer la existencia de algo en la contemplación de Atenas o la antigua Roma que reclama la pronunciación de palabras; acepto que las pirámides son excesivamente portentosas para su observación en soledad. En tales situaciones, tan opuestas al desarrollo habitual de las ideas propias, uno parece ser una especie biológica en sí mismo, un miembro arrancado de la sociedad, a no ser que pueda encontrar inmediata compañía y apoyo. Sin embargo, no sentí de modo apremiante este deseo o necesidad en una ocasión: la primera vez que puse pie en las alegres costas de Francia. Calais estaba poblada de novedad y placer; el confuso y ajetreado murmullo del lugar era como aceite y vino vertidos en mis oídos, tampoco los himnos de los marineros, entonados cuando el sol se retiraba desde lo alto de un viejo y extravagante buque del muelle, enviaron un sonido ajeno a mi alma. Solo respiraba el aire de la humanidad general. Paseé por «las colinas cubiertas de viñas y las alegres regiones de Francia»,[36] erguido y satisfecho, pues la imagen del hombre no se encontraba hundida y encadenada a los pies de tronos arbitrarios: no me sentí necesitado de lenguaje, pues aquel de las grandes escuelas de la pintura se abría ante mí. Todo se ha desvanecido como una sombra. Cuadros, héroes, gloria, libertad, todo ha desaparecido: ¡nada resta más que los Borbones[37] y el pueblo francés!

Indudablemente, existe una sensación al viajar a lugares extranjeros que no puede reproducirse en ningún otro sitio, si bien esta es más agradable en el momento que duradera. Es demasiado remota con respecto a nuestras asociaciones habituales como para convertirse en tema habitual de conversación o referencia, y, como un sueño u otro estado de existencia, no concuerda con nuestros hábitos vitales diarios. Es una alucinación animada, pero momentánea. Exige un esfuerzo de modificación de nuestra identidad real por una ideal; para sentir el pulso de nuestros antiguos arrebatos revivir animadamente debemos «arrojar» todas nuestras comodidades presentes y relaciones sociales. No es domesticable nuestro carácter romántico e itinerante. El doctor Johnson señaló lo poco que los viajes al extranjero suman a las habilidades conversacionales de aquellos que han visitado tierras

foráneas.[38] De hecho, el tiempo pasado en el exterior es precioso y en cierta medida instructivo; sin embargo, parece estar arrancado de nuestra existencia sustancial y real y nunca se suma fácilmente a ella. No somos los mismos, sino otros, y quizá más envidiables individuos, cuando nos encontramos fuera de nuestro país. Estamos perdidos para nosotros mismos, así como para nuestros amigos. Por eso el poeta, con cierto halo de misterio, canta:

> De mi patria y de mí mismo marcho.

Aquellos que desean olvidar dolorosos pensamientos, hacen bien en ausentarse durante un tiempo de las ataduras y objetos que los recuerdan; no obstante, únicamente podemos considerar posible cumplir con nuestro destino en el lugar que nos vio nacer. En gran medida quisiera yo, a la luz de este razonamiento, dedicar toda mi vida a viajar por el extranjero, ¡si pudiera en algún lugar tomar prestada otra vida que pasar posteriormente en casa!

---

1 *«The fields his study, Nature was his book.»* Uno de los versos más conocidos del poema «Farmer's Boy» («El hijo del campesino»), del poeta inglés Robert Bloomfield (1766-1823). *(Todas las notas de la presente edición corresponden al traductor.)*

2 *«[…] a friend in my retreat, / Whom I may whisper, solitude is sweet.»* Versos del poema «Retirement» («Retiro»), del poeta inglés William Cowper (1731-1800), uno de los más populares del siglo xviii.

3 *«[…] may plume her feathers and let grow her wings, / That in the various bustle of resort / Were all too ruffled, and sometimes impair'd.»* Versos de *Comus*, la composición para una mascarada del laureado poeta inglés John Milton (1608-1674).

4 *«Sunken wrack and sumless treasuries.»* William Shakespeare, *Enrique V.*

5 *«Leave, oh, leave me to my repose!»* Versos del poema «The Descent of Odin» («El descenso de Odín»), del poeta prerromántico inglés Thomas Gray (1716-1771).

6 *«Very stuff o' the conscience.»* William Shakespeare, *Otelo*.

7 *«Out upon such half-faced fellowship.»* William Shakespeare, *Enrique IV.*

8 El autor realiza una referencia al político y naturalista británico William Cobbett (1763-1835).

9 Hazlitt altera ligeramente las palabras de Sterne en *Los sermones de Mr. Yorick*.

10 *«Give it an understanding, but no tongue.»* William Shakespeare, *Hamlet*.

11 *«He talked far above singing.» Filastro*. El autor modifica la persona verbal al citar la primera obra con la que, a inicios del siglo xvii, consiguieron fama los dramaturgos ingleses Francis Beaumont (1584-1616) y John Fletcher (1579-1625), cuyas obras rivalizaron con las de Shakespeare, si bien son escasas sus traducciones al español.

12 Hazlitt visitó a los poetas románticos ingleses Coleridge y Wordsworth en Alfoxden (Somerset), en 1798.

13 El autor modifica los versos de Michael Drayton (1563-1631) dirigidos a Christopher Marlowe en su *Elegía a Henry Reynolds*.

14 *«Here be woods as green / As any, air likewise as fresh and sweet / As when smooth Zephyrus plays on the fleet / Face of the curled stream, with flow'rs as many / As the young spring gives, and as choice as any; / Here be all new delights, cool streams and wells, / Arbors o'ergrown with woodbine, caves, and dells: / Choose where thou wilt, while I sit by and sing, / Or gather rushes to make many a ring / For thy long fingers; tell thee tales of love, / How the pale Phoebe, hunting in a grove, / First saw the boy Endymion, from whose eyes / She took eternal fire that never dies; / How she conveyed him softly in a sleep, / His temples bound with poppy, to the steep / Head of old Latmos, where she stoops each night, / Gilding the mountain with her brother's light, / To kiss her sweetest.»* Palabras de Cloe en el drama pastoral *The Faithful Shepherdess (La pastora fiel)*, de John Fletcher.

15 El autor menciona al ensayista inglés Charles Lamb (1775-1834).

16 Hazlitt modifica los versos de Shakespeare en *Enrique IV*.

17 Verso del poema «The Task» («La labor»), de William Cowper.

18 Hazlitt refiere el capítulo 49 de la segunda parte de Quijote, «… donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, o gansos de Lavajos; y, entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: "Mirad, señor doctor: de aquí adelante no os curéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a nabos y a cebollas; y, si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más

podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día"».

19 «¡Lejos, manteneos lejos, profanos!» Grito de la vidente que acaba de solicitar la presencia de Hécate, diosa del ultramundo, y que insta a Eneas a emprender camino, espada en mano, en el sexto libro de la *Eneida*.

20 *«[...] unhoused free condition is put into circumspection and confine.»* William Shakespeare, *Otelo*.

21 Hazlitt modifica los versos del mayor poeta de la Restauración inglesa John Dryden (1631-1700), en su poema «To My Honored Kinsman, John Dryden» («A mi respetado familiar: John Dryden»), en el que realiza también un elogio de la soledad.

22 Entre los trabajos más conocidos de Simon Gribelin (1661-1733) se encuentran las copias en grabado de los cartones (bocetos a tamaño natural) que Rafael realizó para los tapices que habían de decorar las paredes de la Capilla Sixtina.

23 El pintor inglés Richard Westall (1765-1836) es recordado en la actualidad fundamentalmente por sus retratos de Byron.

24 Considerada la obra cumbre de Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), narra la trágica transformación del amor inocente de los dos niños protagonistas por la sentimentalidad artificial del momento.

25 *Camilla, or a Picture of Youth (Camilla, un retrato de la juventud)*, inédita en español, es una novela cortesana de Frances (Fanny) Burney (1752-1840), conocida como Madame d'Arblay tras su matrimonio con el general francés exiliado Alexandre d'Arblay.

26 Acogida con gran éxito en la época, *Julia, o la nueva Eloísa* es una novela epistolar de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) que relata el amor de la joven noble Julia d'Etanges y su preceptor, Saint-Preux, hombre de origen humilde.

27 *«Green upland swells that echo to the bleat of flocks.»* Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), *Ode to the Departing Year (Oda al año que se marcha)*.

28 *«Glittered green with sunny showers.»* Coleridge, *Ode to the Departing Year.*

29 Hazlitt cita la traducción que Coleridge hiciera de *Wallenstein*, obra del dramaturgo alemán Friedrich Schiller (1759-1805).

30 La cita pertenece a la comedia *The Man of Mode, or Sir Fopling Flutter (El hombre a la moda)*, de George Etherege (1635-1692).

31 El conjunto megalítico de Stonehenge se sitúa a escasos kilómetros de la ciudad de Salisbury.

32 *«The mind is its own place.»* Verso del clásico poema narrativo *Paradise Lost (El Paraíso perdido)*, del poeta inglés John Milton (1608-1647).

33 *«With glistering spires and pinnacles adorn'd.»* Milton, *Paradise Lost.*

34 La Bodleian Library, principal biblioteca de investigación de la Universidad de Oxford, es una de las más antiguas de Europa.

35 El Palacio de Blenheim, monumento Patrimonio de la Humanidad, se encuentra situado a una quincena de kilómetros de Oxford.

36 *«O'er the vine-covered hills and gay regions of France.»* Verso de la canción a la que da nombre, compuesta por el historiador y botánico inglés William Roscoe (1753-1831).

37 La familia real francesa, depuesta en la Revolución, recuperó el trono en 1814, tras la caída de Napoleón.

38 Referencia a *Vida de Samuel Johnson*, una de las biografías más importantes en lengua inglesa, en la que el escritor inglés James Boswell (1740-1795) resume la vida de su contemporáneo Samuel Johnson (1709-1784), figura esencial de la literatura y la crítica anglosajonas.

Robert L. Stevenson

No debiéramos considerar que una caminata, como algunos nos hacen suponer, es únicamente un modo mejor o peor de observar la naturaleza. Existen muchas formas de disfrutar de un paisaje igualmente válidas, si bien ninguna más intensa, a pesar de los hipócritas diletantes, que desde un vagón de tren. Sin embargo, en una caminata, el paisaje es bastante accesorio. Aquel que verdaderamente pertenece a la hermandad caminante no pasea a la búsqueda de lo pintoresco, sino de ciertos agradables estados de ánimo: la esperanza y la energía con las que comienza la marcha en la mañana, así como la paz y la saciedad espiritual del descanso de la noche. Este no sabría decir si se coloca el morral o se lo retira con mayor placer; la excitación de la partida lo entona para la de la llegada. Haga lo que haga, no se tratará únicamente de una recompensa en sí misma, sino que será aún más gratificación en sus consecuencias, de modo que un placer conduce a otro en una cadena sin fin. Es este hecho el que tan pocos pueden comprender; bien estarán en todo momento ganduleando o bien siempre a ocho kilómetros por hora; no comparan lo uno con lo otro, preparando todo el día para la noche y toda la noche para el día siguiente. Es, sobre todo, en este punto en el que el campeón de las caminatas yerra en su comprensión; su corazón se rebela contra los que beben su curasao en copas de licor, cuando él mismo puede tragárselo desde una botella marrón. No considera que el sabor es más delicado en pequeñas dosis. No cree que caminar una distancia tan desmedida suponga sencillamente atontarse y embrutecerse, llegar a su posada, ya de noche, con algo parecido a escarcha en los cinco sentidos y una noche de oscuridad sin estrellas en el espíritu. ¡No son para él las suaves noches luminosas del caminante moderado! No resta en él de humano más que una necesidad física de descanso y dos tragos antes de acostarse; incluso su pipa, en caso de ser fumador, será insípida y decepcionante. Está predestinado este tipo de caminante a asumir el doble de problemas necesarios en aras de obtener la felicidad, para perderla finalmente; es el hombre del refrán, en resumidas cuentas, que va más lejos y con peor suerte.

Pues bien, para ser disfrutada en toda su medida, una excursión a pie debe realizarse en solitario. Si se hace en compañía, incluso en pareja, deja de ser una caminata en todo menos en el nombre; es otra cosa, más cercana a la naturaleza de una

merienda campestre. Una excursión a pie ha de realizarse a solas porque la libertad forma parte de su esencia, porque uno ha de ser capaz de detenerse y seguir, continuar por una senda o por otra, según lo dirija la voluntad, y también porque uno tiene que marcar su propio ritmo y no trotar junto a un caminante de campeonato ni dar pasos remilgados al compás de una muchacha. Asimismo, debemos estar dispuestos a recibir todo tipo de impresiones y dejar que los pensamientos adquieran el color de lo que vemos. Hemos de ser como gaitas dispuestas a que cualquier viento las toque. «No puedo ver el encanto —dice Hazlitt— de pasear y charlar al mismo tiempo. Cuando estoy en el campo, deseo vegetar como las plantas», que es lo esencial de cuanto puede ser dicho al respecto. No debe haber cacareos y voces junto a nuestro hombro si queremos disfrutar del silencio meditativo de la mañana. Y mientras un hombre se encuentre razonando, no podrá dejarse vencer por esa agradable intoxicación que proviene de abundante movimiento al aire libre, la cual comienza con una suerte de deslumbramiento y lentitud cerebral y termina con una paz que supera toda comprensión.

Durante el primer día, aproximadamente, de cualquier excursión, existen momentos de amargura, cuando el caminante siente una distancia fría hacia su morral, cuando tiene la tentación de arrojarlo con todas sus fuerzas sobre los setos y, como Cristiano en una ocasión similar, «dar tres saltos y marcharse cantando».[39] Pero, sin embargo, la mochila pronto adquiere la propiedad de la ligereza; se transforma en algo magnético, el espíritu del viaje se apodera de ella. Y en cuanto uno se coloca los tirantes sobre los hombros y se libera de los posos del sueño, con una sacudida se recompone y alcanza inmediatamente su paso. Y, sin ninguna duda, de todos los posibles estados de ánimo, este, en el que un hombre se hace al camino, es el mejor. Por supuesto, si continúa pensando en sus ansiedades, si abre el pecho del mercader Abudah y camina hombro con hombro con la vieja bruja...,[40] bueno, en ese caso, esté donde esté, camine despacio o rápidamente, lo más probable es que no sea feliz. ¡Pues mucho peor para él!

Inician su camino posiblemente en el mismo momento una treintena de hombres, y estaría dispuesto a apostar una cuantiosa suma a que no existe otro rostro triste entre los treinta. Sería algo interesante observar, cubierto por un manto de oscuridad, a uno tras otro de estos caminantes, alguna mañana de verano, en sus primeros kilómetros en el camino. Este, que camina rápido, con una mirada entusiasta en los ojos, está completamente concentrado en su propia mente, está

imbuido en su telar, tejiendo y tejiendo, intentando someter el paisaje a palabras. Aquel otro mira a su alrededor, mientras avanza, entre la hierba; espera junto al canal para observar las libélulas; se apoya en la barrera que lo separa del pasto y no puede mirar lo suficiente a la complaciente vacada. Y por aquí llega otro charlando, riendo y gesticulando para sí. Su rostro cambia de cuando en cuando, al brillar la indignación en sus ojos o en el instante en el que el enojo le nubla la frente. Está componiendo artículos, pronunciando discursos y conduciendo las entrevistas más apasionadas, durante el camino. Un poco más adelante pareciera que pudiera ponerse a cantar. Mejor para él, suponiendo que no sea un gran maestro de ese arte, que no se tope en un recodo con un imperturbable campesino, puesto que, en tales ocasiones, difícilmente podría decir quién se siente más avergonzado, qué es peor: sufrir la confusión del juglar o el sincero sobresalto del patán. Una población sedentaria, acostumbrada, por otra parte, al extraño comportamiento mecánico del vagabundo común, no puede en modo alguno explicarse el alborozo de estos transeúntes. Conozco a un hombre que fue detenido, tomado por un lunático en fuga, debido a que, pese a ser una persona adulta de barba pelirroja, brincaba al caminar como un niño. Y quedarían sorprendidos si les enumerara todas las cabezas graves y doctas que me han confesado que, en una caminata, cantan (y lo hacen muy mal) y sienten sonrojarse sus orejas cuando, como describíamos antes, el importuno campesino se lanza sobre sus brazos en un recodo del camino. Y aquí, en caso de que piensen que exagero, está la confesión del propio Hazlitt, en su ensayo *De las excursiones a pie*, un texto de tanta calidad que tendrían que penar con un impuesto a todo aquel que no lo haya leído:

Denme el limpio cielo azul sobre la cabeza —escribe—, el verde pasto bajo los pies, un camino sinuoso ante mí y tres horas de marcha hasta la cena... y entonces: ¡a pensar! Raro es no comenzar algún juego en esos solitarios brezales. Río, corro, salto, canto de alegría.

¡Bravo! Tras la aventura de mi amigo con la policía, ¿acaso no se habrían cuidado ustedes de publicar esto en primera persona? Pero no existe valentía en nuestros días y, hasta en los libros, todos hemos de fingir ser tan aburridos y estúpidos como nuestros vecinos. No era así con Hazlitt. Y observen lo docto que se muestra (como de hecho sucede en todo el ensayo) en la teoría de las excursiones a pie. No

es uno de nuestros hombres atléticos con calcetines púrpuras que caminan ochenta kilómetros al día: tres horas de marcha es su ideal. ¡Y además debe contar, el muy sibarita, con un camino sinuoso!

No obstante, sostengo una discrepancia con estas palabras suyas, algo en el hábito del gran maestro que no me parece inteligente por completo; no apruebo eso de saltar y correr. Ambas actividades aceleran la respiración, las dos sacan al cerebro de su gloriosa confusión al aire libre y rompen el ritmo. Las alteraciones en el paso no son tan agradables para el cuerpo y distraen e irritan la mente. Sin embargo, una vez que uno ha alcanzado una marcha estable, no requiere un acto consciente mantenerla y, al mismo tiempo, impide pensar seriamente en nada más. Como tricotar, como el trabajo de un copista, gradualmente neutraliza y envía a descansar la actividad seria de la mente. Podemos pensar en esto y en aquello, de forma liviana y risueña, como piensa un niño o como pensamos en el sopor de la mañana; podemos hacer juegos de palabras o descifrar acrósticos y juguetear de mil maneras con palabras y rimas; pero cuando se trata de trabajo serio, cuando nos disponemos a prepararnos para un esfuerzo, podemos hacer sonar las trompetas tan alto y por tanto tiempo como queramos; los grandes barones de la mente no saldrán a la calle portando estandartes, sino que descansarán, todos ellos, en casa, calentándose las manos al calor de su hogar y mascullando sus propias ideas.

A lo largo de un día de caminata, como comprobarán, se produce una amplia variación en los estados de ánimo. Desde el regocijo inicial hasta la feliz flema de la llegada, el cambio es, sin duda, considerable. Al avanzar el día, el caminante se desplaza desde un extremo al otro. Se incorpora cada vez en mayor medida al paisaje material, y la borrachera de aire libre avanza en él a grandes zancadas, hasta que se apuesta junto al camino y observa todo cuanto le rodea como en un animado sueño. La primera etapa es sin duda más brillante, pero la segunda es más pacífica. Un hombre ya no produce tantos artículos hacia el final del camino, ni ríe en voz alta; sin embargo, los placeres puramente animales, la sensación de bienestar físico, el deleite de cada respiración, de cada ocasión en la que los músculos se crispan muslo abajo, lo consuelan de la ausencia del resto y lo conducen a su destino aún satisfecho.

No puedo olvidar conceder unas palabras a quienes se deleitan deteniéndose junto al camino. Uno llega a un hito sobre una colina o a un lugar en el que profundos senderos se encuentran bajo los árboles, y despedido sale el morral, el

caminante se sienta a fumar su pipa entre las sombras. Se sumerge en sí mismo y los pájaros se acercan a mirarlo, el humo se disipa en el atardecer bajo la cúpula azul del cielo, el sol desciende cálido sobre sus pies y el fresco aire saluda su cuello y retira la camisa abierta. Si en esta situación uno no es feliz, debe de tener una conciencia atormentada. Podemos entretenernos cuanto tiempo nos parezca junto al camino. Pareciera como si el fin del milenio hubiera llegado, momento en el que arrojaremos nuestros relojes de pared y de bolsillo sobre los tejados y olvidaremos el tiempo y las estaciones. No controlar el paso de las horas durante toda una vida es, me disponía a argumentar, vivir para siempre. No se hacen idea, a no ser que lo hayan probado, de lo infinitamente largo que es un día de verano que únicamente medimos por el hambre y que solo concluye cuando uno comienza a adormilarse. Conozco una aldea en la que apenas existen relojes, donde nadie sabe más sobre los días de la semana que por una suerte de instinto hacia la celebración del domingo y donde solo una persona puede decirnos el día del mes en el que nos encontramos; por si fuera poco, esta suele equivocarse. Si la gente fuera consciente de la lentitud con la que avanza el tiempo en esa aldea, de los brazados de horas libres que ofrece, muy por encima de lo esperado, a sus sabios habitantes, creo que se produciría una estampida desde Londres, Liverpool, París y todo un conjunto de grandes ciudades donde los relojes pierden la cabeza y marcan las horas, cada uno más rápido que el otro, como si hubieran todos realizado una apuesta. No obstante, todos esos insensatos peregrinos cargarían consigo sus propios sufrimientos ¡en un reloj de bolsillo! Es importante señalar que no había relojes de ningún tipo en los tan cacareados días anteriores al Diluvio. Se entiende, por supuesto, que no existían citas y la puntualidad no era todavía materia de consideración. «Aunque se prive a un hombre codicioso de todos sus tesoros —dice Milton—, aún contará con una joya; no es posible despojarlo de su codicia».[41] Y lo mismo diría yo de un moderno hombre de negocios: puede uno hacer cuanto quiera por él, llevarlo al Edén, darle a probar el elixir de la vida...; todavía tendrá un grieta en el corazón: mantendrá sus hábitos empresariales. Pues bien, no existe otro momento en el que estos hábitos se vean más mitigados que en una excursión a pie. Y así, durante esas paradas en el camino, como decía, uno se siente casi libre.

Pero es por la noche, después de la cena, cuando llega la mejor hora. No hay otra pipa que fumar como las que siguen a un buen día de marcha; el sabor del tabaco es algo digno de ser recordado, tan seco y aromático, tan intenso y delicado. Si

damos por terminada la noche con grog, sentiremos que no hubo nunca uno como este; con cada sorbo una feliz tranquilidad se despliega por los miembros y se asienta con suavidad en el corazón. Si uno lee un libro (y esto nunca se hace excepto a empellones), se encuentra que el lenguaje es extrañamente atrevido y harmónico, las palabras adquieren un nuevo significado, oraciones sueltas se apoderan del oído durante toda la extensión de media hora y el escritor se gana nuestra simpatía, en cada página, por la más agradable coincidencia de sentimientos. Pareciera que se tratara de un libro que uno mismo hubiera escrito en sueños. Todos cuantos hemos leído en tales ocasiones miramos atrás con especial favor. «Fue el 10 de abril de 1798 —dice Hazlitt con amorosa precisión— cuando tomé asiento con un ejemplar de la *Nueva Eloísa*, en la posada de Llangollen, junto a una botella de jerez y un plato de pollo frío.» Me gustaría continuar con estas citas, puesto que, si bien existen logrados compañeros de letras en nuestro tiempo, no podemos escribir como Hazlitt. Y, ya que lo mencionamos, un ejemplar de los ensayos de Hazlitt sería un libro de bolsillo capital en tales excursiones, al igual que lo sería una copia de las canciones de Heine, mientras que en *Tristram Shandy* puedo garantizar la mejor de las experiencias.

Si la tarde es agradable y cálida, no existe nada mejor en la vida que detenerse ante la entrada de la posada al atardecer o apoyarse sobre el parapeto del puente a observar las algas y los veloces peces. Es entonces, si se puede fijar un momento, cuando se paladea la jovialidad en la total elocuencia de esa audaz palabra. Nuestros músculos se encuentran tan agradablemente relajados, nos sentimos tan limpios, tan fuertes y tan ociosos que, en movimiento o sentados, cualquier cosa que haga se realiza con orgullo y una forma regia de placer. Se traba conversación con cualquiera, sabio o necio, ebrio o sobrio. Y pareciera que un esforzado paseo nos purgara, más que ninguna otra cosa, de toda estrechez de miras y de todo orgullo, permitiendo a la curiosidad desempeñar su papel con total libertad, como la de un niño o un hombre de ciencia. Dejamos de lado todas nuestras aficiones para observar los hábitos provincianos desplegarse ante nosotros, en un segundo como un absurdo risible y al siguiente con la seriedad y la belleza de una narración antigua.

O quizá uno queda únicamente en su propia compañía durante la noche y el hosco tiempo lo aprisiona junto al fuego. Se puede recordar cómo Burns, enumerando los placeres pasados, se regocija en las horas en las que se encontraba «pensando felizmente».[42] Se trata de una construcción que puede bien dejar perplejo a

cualquier pobre moderno, constreñido a todo su alrededor por relojes y campanas, y perseguido, incluso por la noche, por encendidas esferas numeradas. Estamos tan ocupados, tenemos tantos proyectos lejanos que realizar y tantos castillos en el aire que convertir en mansiones sólidas y habitables sobre un suelo de gravilla, que no podemos encontrar tiempo para viajes de placer a la Tierra del Pensamiento y entre las Colinas de la Vanidad. Serán tiempos muy distintos, sin duda, cuando nos sentemos toda la noche, junto al fuego, con las manos entrelazadas; será un mundo cambiado para muchos de nosotros cuando descubramos que podemos pasar las horas sin malestar y encontrarnos pensando felizmente. Vivimos con tal premura para hacer, para escribir, para acumular bártulos, para hacer nuestra voz audible durante un momento en el burlón silencio de la eternidad, que olvidamos esa cosa de lo que todo lo anterior no es más que fragmentos, a saber: vivir. Nos enamoramos, bebemos en abundancia, corremos de un lado a otro de la tierra como ovejas asustadas. Y entonces deberíamos preguntarnos si, una vez hecho todo, no habría sido mejor haberse quedado sentados junto al fuego, en casa, a pensar felizmente. Sentarse y meditar: recordar sin deseo el rostro de mujeres, disfrutar sin envidia con los grandes logros del hombre, ser todo y estar en todas partes de un modo fraternal y, sin embargo, mostrarse satisfecho por permanecer donde uno está y siendo quien uno es. ¿No es esto poseer tanto la sabiduría como la virtud y habitar la felicidad? Después de todo, no son los que portan las banderas, sino los que las miran desde un balcón privado, quienes disfrutan el placer de los desfiles. Y una vez que estamos dedicados a esto, nos encontramos en el mismo estado de ánimo de toda herejía social; no es tiempo para arrastrar los pies ni para grandes y vacías palabras. Si nos preguntamos qué significan la fama, las riquezas o el saber, la respuesta es difícil de encontrar, y nos refugiamos en ese reino de ligeras imaginaciones, que parecen tan vanas a ojos de los filisteos que sudan la gota gorda por conseguir riqueza, pero de tal transcendencia para aquellos sacudidos por las desproporciones del mundo, y que, ante las gigantescas estrellas, no pueden detenerse a considerar diferencias entre dos grados de lo infinitesimalmente pequeño: una pipa de tabaco o el Imperio romano, un millón de monedas o el extremo de cualquier nadería.

Nos asomamos a la ventana con la última pipa humeando blanca en la oscuridad, con el cuerpo cargado de deliciosos dolores, la mente entronada en el séptimo círculo de la satisfacción; pero de repente el ánimo varía, la veleta gira y nos planteamos una última pregunta: si, durante ese intervalo, habremos sido el filósofo

más iluminado o el más notorio de los asnos. La experiencia humana aún no puede ofrecernos respuesta; sin embargo, al menos tuvimos un momento hermoso y miramos por encima del hombro a todos los reinos del planeta. Y fuera esto sabio o negligente, las piernas nos llevarán mañana, en cuerpo y mente, a alguna otra parroquia del infinito.

---

39 Stevenson hace referencia a la alegoría religiosa de John Bunyan (1628-1688) titulada *El progreso del peregrino*, cuyo personaje principal lleva por nombre Cristiano.

40 Personaje de uno de los relatos orientalistas que publicó, con gran éxito en su momento, James Ridley (1736-1765) en su obra *Tales of the Genii (Cuentos de los genios)*, basada en las *Mil y una noches*. Abudah es un mercader rico y caritativo que cada noche se ve sacudido, en cuanto se encierra en casa, por la aparición de una pequeña bruja con muletas.

41 La cita pertenece a *Areopagítica*, el famoso tratado en defensa de la libertad de expresión y contra la censura, del poeta inglés John Milton (1608-1674).

42 Stevenson menciona el poema «The Rigs o'Barley» («Los surcos [arados] de la cebada»), del poeta Robert Burns (1759-1796), considerado poeta nacional de Escocia.



colecciónminilecturas

«Pasear es un entretenimiento distinguido, burgués, ocioso, elegante...; caminar es más bien algo instintivo, natural, salvaje. Pasear es un rito civil, y caminar es un acto animal. Pasear es algo social, y caminar algo más bien selvático, aunque sea por las calles de una ciudad. El que pasea se imagina paseando, o gusta de observarse según la perspectiva de los otros; el que camina es, en ese sentido, extrovertido, solo le importa el afuera. El que pasea coquetea diciendo que sale a buscarse a sí mismo, a conversar machadianamente con uno mismo, a reunirse consigo mismo, a reencontrarse o reconstruirse...; el que camina tampoco sabe nada pero por lo menos ya ha alcanzado a darse cuenta de que hay poco que escarbar dentro de sí, y rastrea vorazmente el exterior, las calles, los campos, los cielos. [...] Caminar es algo que está decisivamente relacionado con la independencia y con la libertad.»

(Del prólogo de Juan Marqués.)

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.